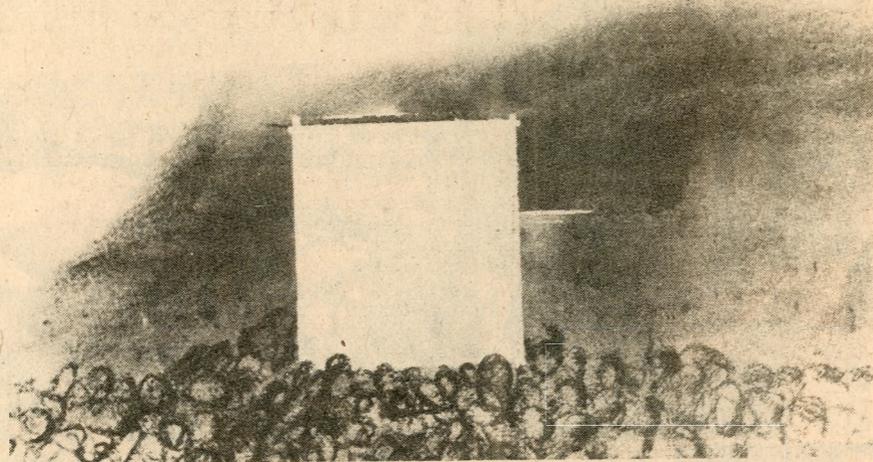


EN Oscar Muñoz hallamos a un joven representante de la tan atractiva plástica colombiana de hoy. Partiendo de una representación bien corpórea, reconocible y mordaz del hombre, siguió su desarrollo con la supresión progresiva del ser pensante, y su reemplazo por interiores parcelados de arquitecturas cotidianas, donde la presencia humana sólo es sugerida. Durante los años últimos —a éstos pertenecen las obras expuestas en Santiago— vuelve parcialmente Muñoz a mostrarnos figuras hominales, pero de un modo indirecto: a través de la cortina de baño. Este mismo utensilio resulta el soporte de un conjunto de 17 pinturas en acrílico sobre plástico, cuyos ocre, grises y algún rojo decidido develan las siluetas de mujeres u hombres en plena ducha matinal.

La mejor y más personal expresividad del visitante se alcanza, sin embargo, en aquellos casos en que no resta dentro del cuadro más que el sitio de los hechos. Los escenarios vacíos, pues, resultan de la mayor elocuencia con sus detallistas reconstrucciones de lugar, con sus efectos sutiles de luz y sombra, con su atmósfera cargada de proyección humana. También los trabajos que incluyen al propio bañista se favorecen con la indicación del entorno. En la misma dirección neofigurativa, grabados y dibujos poco adictos al color demuestran los predominantes méritos gráficos del artista de Colombia.

Una exhibición que abarca 50 años de la labor creadora de Nemesio Antúnez —Galería Carmen Waugh— nos certifica el profesionalismo admirable, la inquietud siempre lozana, los coherentes sentires que marcan la evolución sin sobresaltos de este pintor, dibujante y grabador, capital en las artes visuales de Chile contemporáneo. Por intermedio de un grupo numeroso de obras cuyas poco conocidas por el público, podemos advertir ahora en qué medida la personalidad del autor cuaja ya en sus elaboraciones más tempranas. Su talento para captar lo multitudinario —aquí personas, casas, embarcaciones, árboles— se hace presente en acuarelas de 1937. Asimismo, la propiedad y certera ligereza en el uso de la mancha cromática, el sentido elegante del espacio, la amplitud de sus visiones al aire libre, la parquedad del color, el efecto mágico obtenido a través de la distribución de las luces y las tenues sombras, de las formas que, un poco más tarde, salen volando con la libertad imaginativa de un relato infantil.

Es necesario destacar de ese primer entonces ejecuciones tan bellas como “Valparaíso” (1937), “Desde el San Cristóbal” (1939), “Renca” (1940), “La Lautaró” (1941), “Las Salinas” (1942). A continuación, y hacia los años 50, comienza Antúnez a afianzar una iconografía característica. Están



La Venida del
Papa a Chile, de
Nemesio Antúnez.

Cinco Pintores

Por Waldemar Sommer

acá, por ejemplo, algunos “manteles”, cuya movilidad lineal sirve para configurar el volumen —dibujos de París: “Mantel y cucharas”—. Además, y circunstancia muy importante para el desarrollo posterior, se aprecia la asimilación de elementos venidos desde el campo de la abstracción. “Acarreando hielo” (Nueva York, 1952) constituye un testimonio espléndido de ese modo de materializar una multitud. Lo realiza mediante la típica conjunción de pequeños puntos y rayas, cuya irradiación luminosa hace de esa muchedumbre verdaderas constelaciones rodeadas de planos que el claroscuro peculiar agiganta.

Y nuevas imágenes vienen a añadirse a las camas y pa-

rejas de tango que aparecen a lo largo de los años siguientes. Nuestro todavía flamante 1987 trae, así, 14 estampas con mujeres en traje de baño que se sumergen dentro de esas humedades que el pintor bien sabe recrear con los colores al agua. No faltan tampoco los peces voladores que portan, pegadas, plumas naturales. Dejan ver éstas hasta qué punto consiguen identificarse con los propios grises del autor. De la misma época reciente, una serie de rostros muestran la incorporación de cierta dosis de expresionismo. Por último, encontramos cuatro láminas que recogen, con flexibilidad característica, la presencia iluminada y blanca del Papa Juan Pablo II, en medio de un Chile multitudinario. La her-

mosa “Manifestación”, de 1987, en cambio, recoge un tumulto humano mucho más corpóreo e individualizado.

Acaba de exponer relieves e instalaciones Elizabeth Nagel, en Galería Bucci. Respecto de los primeros debe decirse que su fuerte apariencia pictórica obliga a imaginarlos vertidos, lisa y llanamente, al óleo —o acrílicos— sobre tela. Como si se tratara de una regresión futura, acaso positiva y fructífera en este caso, desde los materiales de desecho a su punto de origen en la pintura tradicional. Esta consideración resulta especialmente válida para el bello y muy bien compuesto relieve que lleva unos guantes largos. De las dos instalaciones, la protagonizada por manzanas ostenta, junto a su evidencia conceptual, un equilibrio formal discutible. La otra, por el contrario, se convierte en una obra electrizante, donde el vigor del contraste entre absolutos, donde la tensión espacial y el poder sugestivo de las figuras —tanto las funcionales como las pensantes— logran imponer una atmósfera metafísica que cuesta olvidar.

De visita en su patria, Valentina Cruz enseña sus últimos dibujos en Galería Arte Actual. Elaborados con tinta china, colorido al agua y en formato amplio, más que nada nos ilustran sobre los diferentes paseantes que abarrotan Las Ramblas de Barcelona. La vehemencia del trazo trata de captar el dinamismo y la variedad de situaciones de un conglomerado urbano definido. Si damos por descontado que la autora no pretendió quizá calar hondo en el interior de sus personajes, el resultado plástico de sus afanes actuales provoca una sensación de monotonía, de formas hinchadas, donde su innegable destreza lineal y composición impecable se quedan sólo en la superficie de sus motivaciones. Falta pulsación vital y humana a estas descoloridas visiones que mucho se alejan de la expresividad acerada que V. Cruz poseía otrora en alto grado.

En su muestra de Galería de la Plaza nos encontramos con una María de la Luz Torres confusa. Es que hay, al mismo tiempo, trabajos de orientación y de calidad bien distintos, abundancia e indefinición de inquietudes. No obstante, las cualidades más profundas de la artista se hallan latentes. Se manifiestan, sin duda, en los dos grandes vidrios pintados con papel engomado y pigmento. Una simple silueta sirve, de este modo, en “Tarde de Manquehue”, para comunicarnos una feliz imagen de la naturaleza. “Presagio Centro Santiago” se convierte, a la inversa, en una densa insinuación ecologista. Tampoco deja de ser atrayente otro vidrio con alusión a Brueghel —en él, el velo blanco se convierte en factor de conflicto formal— y las pequeñas pinturas sobre lienzo que se aproximan al neoexpresionismo.